

COMENTARIO

CARMEN HUICI

UNED

El trabajo de Lewin del año 1946 tiene como nota más destacada la de plantear problemas que bien podrían calificarse de «genotípicos» por emplear un término al uso del autor. Una vez más, como sucede con la lectura de otros clásicos de ésta y otras disciplinas, uno no puede por menos de admirar la capacidad de dirigir la atención hacia los asuntos clave de un determinado dominio de realidad, ya se trate, como en este caso, de temas substantivos o de aspectos metodológicos, del contexto del descubrimiento o del de la verificación.

El trabajo se centra en dos temas que siguen despertando el interés del psicólogo social: ¿cómo ha de plantearse la intervención del psicólogo social en general y cómo lograr transformar el *status quo* de las relaciones entre grupos?

En cuanto al primero de ellos, la pregunta formulada en forma más precisa sería cómo conseguir que una intervención destinada al cambio social tenga, por una parte, el debido rigor y, al propio tiempo, no se quede reducida a una mera operación cosmética, al «cambiamos un poco para que nada cambie» como aconseja con certero cinismo el Príncipe de Salinas.

Al enfrentar el cambio de las relaciones entre grupos, que suelen estar marcadas por las diferencias de poder que tales grupos ostentan dentro de una determinada estructura social, no conviene olvidar que es fácil que muchos de los intentos —ya se trate de aparentemente inocuas propuestas de contacto o de cooperación por metas superiores, o bien de más enérgicas tentativas de discriminación positiva, en forma de cuotas fijas para los miembros de las minorías, de cara al empleo o a la representación— corran el riesgo de resultar ineficaces o de verse neutralizados por toda una gama de estrategias contrarreformistas, llaméense éstas tokenismo, racismo simbólico o «sesgo atributivo último» (Pettigrew, 1979), por aludir a las más recientes versiones de resistencia al cambio.

El análisis de las relaciones intergrupales y de su cambio da pie a Lewin a una serie de consideraciones metodológicas junto con la caracterización de la investigación acción. Yo centraré la atención en el primer tema, no sin antes aludir a algunas de las precisiones de índole metodológica que lleva a cabo el autor. En primer lugar, la insistencia en la necesidad de una descripción adecuada, en el diagnóstico detallado de la situación, en segundo lugar, la ausencia de cualquier atisbo de imperialismo metodológico, en tercero, el poner de relieve la importancia del establecimiento de unos criterios objetivos frente a los cuales evaluar los resultados de una intervención. En cuarto lugar, el señalar la necesidad de ajuste entre la ley general y la situación concreta que debe poder definirse en términos teóricos. Finalmente, y, refiriéndose más específicamente al tema de las relaciones intergrupales, la necesidad de adoptar un enfoque interdisciplinar que atienda a los factores de diverso tipo, económico, político, etc. que influyen sobre ellas. Todas estas cuestiones aparecen en el centro de las preocupaciones de los psicólogos sociales actuales cuando se enfrentan al cambio de la

realidad social tratando de cumplir unos requisitos mínimos de rigor científico.

Por lo que respecta al objeto de este comentario, el problema de las relaciones intergrupales y su cambio, un tema que llega a destacarse como «figura» en el transfondo del discurso de Lewin es la contraposición de la óptica individual y grupal, tanto en lo que atañe al diagnóstico del problema como a los intentos de solución del mismo. Más adelante veremos en qué medida el autor respeta esa dicotomía destacada por el mismo.

Este punto parece haber adquirido una importancia grande en la teorización y en la investigación sobre el problema, sin duda debido a la influencia de la que podríamos considerar la «teoría estrella» a partir de los años setenta, como es la Teoría de la Identidad Social. Desde ella se han criticado los enfoques individualistas de las relaciones intergrupales (ver Billig, 1976 y Tajfel, 1981), pero además se ha aportado el constructo del continuo de interacción que va desde un intergrupalo a otro interpersonal, el primero caracterizado por la interacción entre miembros de distintos grupos o categorías sociales en tanto que tales, y el segundo por la relación entre individuos *qua* individuos. Esta idea del continuo, con resultar sumamente clarificadora, no ha sido todo lo fértil que prometía al no haberse avanzado mucho en la especificación de las condiciones que determinan el paso de la interacción de un polo al otro del continuo. Ahora bien, una serie de trabajos dentro de la teoría o desarrollos posteriores a partir de ella parecen ir en esa dirección. Así el análisis de Turner y Brown (1981) para lograr la distinción entre conducta interpersonal e intergrupalo ha servido al propio tiempo para señalar la insuficiencia de paradigmas que como el de Rokeach (1960, 68) se centran en variables de nivel interpersonal como la semejanza de creencias. En la misma línea el reciente modelo de Hewstone y Brown (1985) presentado en un trabajo significativamente titulado «Contact is not enough: an intergroup perspective on the "Contact Hypothesis"», trata de definir lo que constituiría un contacto intergrupalo eficaz, caracterizándolo básicamente por la saliencia de las categorizaciones sociales y por el énfasis en las semejanzas y diferencias entre categorías.

Por otra parte, desarrollos recientes a partir de la teoría de la IS, como la teoría de la Autocategorización del Yo de Turner (1986) y otros trabajos sobre la saliencia de las categorizaciones sociales (Oakes, 1986) se han ocupado de los factores determinantes de ésta, coincidiendo en señalar la accesibilidad de la categoría y la bondad de ajuste entre el ejemplar encontrado y la categoría, esto es, el grado en que aquel resulta prototípico, como los principales.

Estos últimos desarrollos resultan convergentes con otros desde el ámbito sociocognitivo americano que tratan de especificar los factores que contribuyen a que un ejemplar que desconfirma una categoría pueda llegar a modificar a el estereotipo correspondiente a ella, es decir, a que sea capaz de activar la categoría y cambiarla. El modelo propuesto por Rothbart y John (1985) incluye los determinantes tanto internos como externos que favorecen la activación de la categoría.

Un punto en común en estas últimas contribuciones consiste en poner de relieve la importancia de que el ejemplar individual encontrado sea prototípico de la categoría. Como se ve, esto constituye una forma de dar respuesta al problema de definir cuando un contacto puede ser considerado

intergrupales, por lo que los cambios a que puede dar lugar tal contacto serán generalizables a los restantes miembros de la categoría.

Una línea paralela de trabajo es la seguida por Weber y Crocker (1983) sobre los efectos de diversos patrones de información desconfirmatoria. La evidencia hasta ahora recogida parece indicar la superior eficacia del patrón de información dispersa frente a la concentrada. En mi opinión ello podría interpretarse como que el efecto de la información se ve mediado por categorizaciones y atribuciones grupales.

Finalmente y dentro del mismo contexto pueden incluirse los estudios de Wilder quien se ocupa, entre otras cuestiones, del papel de la percepción de la homogeneidad del endogrupo y del exogrupo en las relaciones intergrupales. En lo que atañe a esta última, resulta bastante frecuente que los miembros de un grupo desvalorizados se conviertan en intercambiables —tal como proclama con alegre descaro el estereotipado Duque de Mantua de Rigoletto «Questa o quella per me pari sono». La percepción de la homogeneidad lleva aparejada la despersonalización y la desindividuación de los miembros de exogrupo, paso previo a la comisión de injusticias sin grandes costes psicológicos para el que incurre en ellas. La cuestión para Wilder estriba en determinar en qué condiciones el proceso inverso de personalización de un miembro del exogrupo puede reducir la discriminación, muy en línea con los trabajos anteriormente citados. Curiosamente el autor no parece tener muy claros los criterios de eficacia de tal medida. Así pone como ejemplo del efecto beneficioso de la personalización un suceso que justamente pone de manifiesto lo contrario. Relata un caso de secuestro con rehenes en Holanda, en el que los secuestradores amenazaron con matar a un rehén, al que permitieron que escribiera una carta a su familia conteniendo información personal.

Los secuestradores tras leerla le perdonaron la vida. No obstante el final del hecho resulta sumamente revelador, pues consistió en matar a otro rehén sin dejarle hacer ningún tipo de manifestación personal. Este ejemplo, por anecdótico que pueda parecer, sirve, en todo caso, para ilustrar lo muy limitado del cambio experimentado que se sitúa en el plano de lo puramente interpersonal y se restringe a un individuo concreto. Evidentemente esto no hace justicia al trabajo de Wilder (1981) entre cuyas aportaciones están las estrategias que propone para reducir la percepción de la homogeneidad y la desindividuación del exogrupo, como la presentación de las desigualdades o el desacuerdo en él. Con todo, puede merecer la pena resaltar la ambivalencia entre la adopción de nivel interpersonal e intergrupales a la hora de resolver los problemas intergrupales, ambivalencia que, como veremos a continuación, también está presente en Lewin.

Llama poderosamente la atención el hecho de que un autor que junto con Asch y Sherif tal vez haya sido de los que más han contribuido a mostrar en una primera etapa de la Psicología Social el impacto de los grupos en el comportamiento de los individuos, parezca no ser capaz de mantener una óptica grupal en el momento de aportar soluciones a problemas intergrupales. En el trabajo que se comenta cuando se aborda este tema la pobreza de las sugerencias contrasta con la clarividencia a la hora de señalar las cuestiones clave. No va Lewin mucho más lejos de proponer que los delegados que participan en los seminarios de entrenamiento serán más eficaces si asisten en número superior a uno, pues a su vuelta a su comunidad

podrán actuar como un subgrupo o minoría capaz de suscitar el cambio. En general, cabe suponer que el entrenamiento ofrecido, o bien se refería a aspectos interpersonales, o algunos de los instrumentos básicos empleados, como el Basic Skills Training Group, estaban tan cargados de objetivos interpersonales e intergrupales que, cuando menos, se prestaban a crear una confusión entre niveles. En otro lugar he señalado (Huici, 1985) que paradójicamente, el hecho de que el T. Group, heredero directo del BSTG, se fuera centrando cada vez más en el desarrollo y cambio de los individuos en cuanto tales no debe ser tomado como un signo de individualismo, sino más bien lo que pudiera interpretarse como un síntoma de reduccionismo individualista sería el intento de extrapolar lo aprendido en el plano interpersonal al cambio a niveles más amplios.

No resulta del todo fácil el tratar de dar una explicación del descenso en el discurso de Lewin en el momento de hacer sugerencias prácticas. Me limitaré a apuntar algunas ideas.

El empleo de las técnicas de pequeños grupos interactivos implica una «miniaturización» de ciertos procesos sociales. El problema estriba en distinguir cuando ésta es legítima y cuando adultera aquello que trata de estudiar. Así en el caso del cambio de los hábitos alimentarios en amas de casa, la creación de un pequeño grupo interactivo que pueda convertirse en el futuro en un grupo de referencia aparece como una estrategia válida, dado que el «análogo» creado al efecto representa suficientemente bien a los grupos de referencia que influyen habitualmente sobre los individuos en este dominio particular de conducta. Ahora bien, cuando se trata de problemas intergrupales estaría en primer lugar la cuestión de lograr que el contacto pueda definirse como intergrupal, lo cual, como se ha visto, no parece tan fácil. En segundo lugar, y, como el propio Lewin señala, el peso de otros factores, históricos, políticos y económicos suele ser tal que uno pone en duda que la creación de un reducido espacio psicológico sea el marco más adecuado para intentar su solución de forma directa a través de los aprendizajes que los individuos puedan adquirir allí. Otra cosa muy distinta, es que los pequeños grupos sirvan para planear diversas acciones para la reducción de la discriminación, lo cual, por otra parte, también se hacía en los seminarios descritos en el artículo de Lewin.

Una segunda razón que cabría apuntar consiste en un elemento de azar que muchas veces está presente en el hallazgo de nuevas técnicas. En este caso, y tal como se ha descrito repetidamente (Back, 1973) se dio de forma fortuita con un instrumento que llamó poderosamente la atención de los participantes, esto es, asistir a la evaluación del propio comportamiento tal como era percibido por los otros. La fascinación que este procedimiento ejercía, tal vez por suponer llevar a cabo de forma abierta una actividad como es el comentario sobre la conducta ajena a la cual, aunque se le dedica bastante tiempo, suele hacerse de forma encubierta, llevó a que la conducta interpersonal llegase a «absorber el campo». Una prueba de ello estaría en la importancia que se sigue atribuyendo en el área de los grupos de formación al «feed-back» interpersonal, aunque los estudios evaluativos acerca de la eficacia de los distintos mecanismos de cambio no parecen justificar tal importancia.

Finalmente, hay que destacar como una prueba más de la tendencia de Lewin a confundir distintos niveles de análisis sus comentarios finales so-

bre la actuación colonial americana y la necesidad de evitar la política «Jim Crow» en las relaciones internacionales. Esta sugerencia supone un nuevo salto a un nivel en el que el peso de los factores psicosociales se ve obscurecido por otros de índole estratégica y económico-política en ninguna medida reductibles a aquéllos.

No puedo terminar este comentario sin aludir a un punto sobre la evolución del tratamiento de la relaciones intergrupales en Psicología Social. Como se dijo anteriormente, Lewin insiste en la importancia del enfoque interdisciplinar, en la necesidad de tener en cuenta la totalidad de factores de toda naturaleza que influyen en una situación intergrupar, si bien en su análisis no siempre se refleje. En mi opinión los desarrollos más recientes no parecen preocuparse excesivamente de la inclusión de todos los aspectos, sobre todo de los externos, que influyen en la situación. Naturalmente existen algunas excepciones como, por ejemplo, el reciente volumen de Hewstone y Brown (1985). Sin embargo, puede detectarse una cierta convergencia entre los trabajos de la psicología social cognitiva americana y los más recientes desarrollos de la TIS, en la línea de centrarse en el estudio de los «groups in the head», por parafrasear la conocida fórmula de Lippman. No parece sino que la incitación a «volverse hacia dentro» fué una de las más persistentes tentaciones dentro de la Psicología Social.

Referencias

- BACK, K. W. (1973). *Beyond words: the story of sensitivity training and the Encounter Movement*. Baltimore Penguin Books.
- BILLIG, M. (1976). *Social Psychology and Intergroup Relations*. London Academic Press.
- HEWSTONE, M., y BROWN, R. (1985). «Contact is not enough: an intergroup perspective on the "Contact Hypothesis"». En M. Hewstone y R. Brown (Eds.): *Contact and Conflict in intergroup encounters*. Oxford. Blackwell.
- HUICI, C. (1985). «El estudio de los grupos de formación». *Papeles del Colegio de Psicólogos*, vol III, n.º 19, pp. 19-27.
- OAKES, P. (1986). «The salience of Social Categories». En J. C. Turner, *Rediscovering the social group: a self categorization theory*. Oxford Blackwell.
- PETTIGREW, T. F. (1979). «The ultimate attribution error: Extending Allport's cognitive analysis of prejudice». *Personality and Social Psychol. Bulletin*.
- ROKEACH, M. (1960). *The Open and the Closed Mind*. N. York Basic Books.
- ROKEACH, M. (1968). *Beliefs, Attitudes and Values*. S. Francisco. Jossey and Bass.
- ROTHBART, M., y JOHN, O. P. (1985). «Social Categorization and Behavioral Episodes. A cognitive analysis of the effects of intergroup Contact». *Journal of Social Issues*, vol. 41, pp. 81-104.
- TAJFEL, H. (1978). *Differentiation between social groups. Studies in the social psychology of intergroup relations*. London, Academic Press.
- TURNER, J. C., y BROWN, R. (1981). «Interpersonal and Intergroup Behaviour». En J. C. Turner y H. Giles (Ed.), *Intergroup Behaviour*, Oxford, Blackwell.
- TURNER, J. C. (1986). «A self categorization theory». En J. C. Turner, *Rediscovering the social group: a Self-categorization theory*. Oxford, Blackwell.
- WEBER, R., y CROCKER, J. (1983). «Cognitive processes in the revision of stereotypic beliefs». *Journal of Personality and Social Psychology*, vol. 45, n.º 5, pp. 961-977.
- WILDER, D. A. (1981). «Perceiving persons as a group: categorization and intergroup relations». En D. L. Hamilton (Ed.), *Cognitive Processes in Stereotyping and Intergroup Behaviour*. Hillsdale. N. J. Erlbaum.

COMENTARIO

FRANCISCO ALVIRA

Universidad Complutense

En un tiempo en que el frenesí evaluador experimentado por los norteamericanos en los años setenta está llegando a España, resulta intelectualmente refrescante repasar el clásico texto de Kurt Lewin sobre investigación/acción.

Resulta refrescante porque en dicho artículo se recogen expresa o implícitamente gran parte de los temas que en la actualidad resultan vitales en la evaluación de programas y servicios sociales y se recogen sin alharacas, sin utilizar palabras de más, con precisión.

En *primer lugar* la necesidad de *evaluar científicamente*: hemos de «ser capaces de juzgar si una acción ha producido una mejora o un retroceso» y lo tenemos que hacer utilizando «investigación comparativa sobre las condiciones y efectos de diversas formas de acción social» utilizando una «amplia gama de recogida descriptiva de datos relativos a organismos sociales (que) tendrá que incluir experimentos de laboratorio y de campo...».

Pero además esta *evaluación científica* debe partir de un diagnóstico de las necesidades también científico: «conocer el carácter específico de la situación presente... (mediante) una recogida científica de datos».

En *segundo lugar* el proceso de evaluación tiene que recoger diferentes situaciones: No sólo la evaluación de la *eficiencia* (impacto y utilidad), sino también la *ayuda en la puesta a punto* del «plan de acción» o programa y su *seguimiento* y «monitoring» mediante procedimientos circulares de planificación, ejecución y evaluación de resultados de cada paso. En terminología actual la evaluación debe —puede— ser formativa, es decir, orientada hacia el correcto desarrollo del programa/intervención y sumativa, es decir, dirigida a obtener un juicio comprensivo de cómo funciona el programa para decidir si continuarlo o no.

En *tercer lugar*, la evaluación debe hacerse *desde dentro* de los organismos sociales o instituciones, empleando sistemas integrados de información, y/o *desde fuera* mediante procedimientos objetivos. Ambos procedimientos evaluativos se complementan y no son sustituibles entre sí.

Del análisis cuidadoso del artículo de Kurt Lewin se deducen estos diferentes tipos de evaluación posibles y/o deseables:

- Evaluación de necesidades.
- Evaluación del desarrollo de un programa/intervención.
- Evaluación de la eficacia o de resultados.
- Evaluación interna o seguimiento desde dentro.

Pero lo más importante del artículo no estriba en esta tipología o reconocimiento de diferentes tipos de evaluación, sino en el leit-motiv del mismo: *las ciencias sociales deben evaluar los programas e intervenciones sociales si queremos progresar, tanto desde un punto de vista práctico como teórico.*

Iniciar líneas de acción, políticas públicas o programas/servicios sociales sin prever un procedimiento científico de evaluación de resultados es sin duda uno de los deportes favoritos de este país. El artículo de K. Lewin

debería hacernos reflexionar a este respecto y debería hacernos llegar a la conclusión de que esta es una estrategia suicida de despilfarro de recursos que lleva al atraso tecnológico. Por eso, debe de acogerse con júbilo la ola de interés por la evaluación que nos invade.

Estos años venideros van a presentar una serie de retos importantes para los científicos sociales dedicados a la evaluación. El primer reto será *convencer* a los decisores políticos de la necesidad no sólo de evaluar, que muchas veces le va a venir impuesta, sino de utilizar la evaluación. Para ello, en primer lugar, habrá que hacer frente a los que creen que no necesitamos más ciencia social; no sólo al personal de los programas y servicios sociales y a veces a los propios beneficiarios y usuarios de dichos servicios, sino, como muy bien dice Lewin a los «políticos y a los propios Rectores de Universidad». Es decir, habrá que hacer frente a un sentimiento generalizado de escepticismo frente al carácter científico/objetivo de la investigación social.

Los «grupos con poder» estén en el Gobierno, en la Administración Pública, en los Sindicatos, estén donde estén, se encuentran poseídos por el temor a los hechos. «No podrían hacer lo que quieren hacer (o lo que ya están haciendo) si ellos mismos y el público en general conociera los hechos.»

Pero no sólo existe escepticismo. La falta de información o la difusión de información falsa favorece las discusiones ideológico-políticas de modo que las decisiones se basan en ideas o prejuicios y no en hechos constatados. En situaciones de ambigüedad informativa los grados de libertad son numerosos y la posibilidad de compromiso, de pactos y de poner en juego la dimensión estrictamente política es mayor. Por esto los grupos con poder «temen los hechos».

No obstante, los decisores políticos también tienen intereses legítimos. El resultado de una evaluación, o de una investigación, no señala nunca una única vía política, una única solución posible. No debe confundirse el conocimiento de una situación con la toma de decisiones desde perspectivas más amplias. El investigador/el evaluador no puede pretender tener la clave, la solución, puesto que lo cierto es que lo que se evalúa siempre es un número limitado de alternativas o programas, en la mayoría de los casos sólo una alternativa. La realidad, sin embargo, siempre supera a la imaginación y en manos del político está imaginar otras alternativas/programas. Los resultados de una investigación casi nunca implican un mandato claro.

Por ejemplo, los últimos actos terroristas con indiscriminadas muertes de civiles han producido un sentimiento que favorece la restauración de la pena de muerte, tal y como muestran las encuestas de opinión. Pero la opinión pública no constituye un mandato para el Congreso ni para el Gobierno; es un dato más a tener en cuenta.

El establecimiento de políticas públicas o de programas debe estar en función de un diagnóstico científico de necesidades, pero no hay un nexo inmediato y único entre ambos. No debe confundirse el papel del científico con el del político que está precisamente encargado de desarrollar e implementar estas políticas o programas a la vista de las necesidades.

Probablemente, en nuestro país el problema principal sigue siendo no la previsible mengua del papel del político, sino su rechazo «a enfrentarse con la realidad». Rechazo originado tanto por el miedo como por el estú-

pido convencimiento de que «ya conoce la realidad», puesto que vive la realidad, la realidad de la calle, de la gente que escribe, que habla, que protesta. «Eso son muestras representativas de la realidad» y no lo que utilizan los investigadores.

¡Todavía recuerdo la discusión con un catedrático de la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, que negaba representatividad a una muestra nacional de 1.200 elementos por el simple hecho de que en Jaén, su ciudad natal, sólo se habían seleccionado ocho personas!

El establecimiento de relaciones adecuadas entre científicos/evaluadores y políticos —o como dice Lewin Rectores de Universidad— no es el único peligro con el que nos tendremos que enfrentar en el futuro, o con el que ya algunos nos estamos enfrentando.

Los profesionales de los servicios sociales temen, asimismo, quedar arrumbados en su tarea, en un marco de predominio de la idea platónica de los «sabios gobernantes» o «tecnocracia social». Si los científicos sociales evalúan necesidades, realizan evaluaciones de la implementación de programas y seguimiento de los mismos y de su eficacia, ¿qué le queda al profesional, al trabajador social? Pues le queda su tarea profesional, que podrá encauzarse mejor al ser realizada de un modo más científico.

Aparte de este temor a perder su papel, participan a veces del divino conocimiento que tienen los políticos de la realidad. Estos profesionales muchas veces «saben» ya los efectos que tiene un determinado programa, cuáles son sus fallos y cuáles sus ventajas. «No necesitan» a nadie externo que les diga nada, puesto que «sólo» ellos conocen la realidad con la que operan.

Ante este tipo de argumentación muchas veces es inútil señalar que «el árbol no deja ver el bosque» o hacer hincapié en el papel de asistencia y no de sustitución del científico evaluador. Pero esta es la tarea que tenemos por delante, tarea ya prevista por Kurt Lewin en 1946.

Llegar tarde al movimiento evaluador nos va a permitir resolver estos problemas más fácil y correctamente, puesto que llueve sobre mojado.

El movimiento evaluador que nos llega no es el ingenuo movimiento de la «Sociedad experimentadora» de D. Campbell ni el de la «Gran Sociedad» de Kennedy y Johnson. Es un movimiento que admite una pluralidad de perspectivas metodológicas, una pluralidad de modelos de evaluación, y una plétora de técnicas específicas muy depuradas. Es un movimiento que ha vuelto a uno de los temas clave del artículo de Lewin: *la implicación de todas las partes interesadas en la evaluación en el propio proceso de evaluación*.

La evaluación de la evaluabilidad de un programa, por ejemplo, se realiza con el continuo apoyo, discusión y diálogo con los utilizadores de la evaluación; la técnica de «multiattribute evaluation» (MAUT) sólo puede desarrollarse identificando las partes interesadas e implicadas en la evaluación.

La evaluación hoy en día está dirigida a *dar respuesta* a preguntas específicas que plantean grupos plurales, partes que tienen un interés legítimo en los resultados de la evaluación.

Pero, la implicación de las partes interesadas en el proceso evaluador no significa subjetivizar el proceso haciéndolo menos científico; al revés, el evaluador tiene que conocer perfectamente las técnicas de evaluación, los diferentes diseños de evaluación que existen, cómo desarrollar adecuados

sistemas de información, cómo medir y cómo analizar resultados y *además* «negociar» con las partes interesadas para que:

- la evaluación esté dirigida hacia objetivos importantes,
- los resultados de la evaluación sean útiles, y
- las partes interesadas no puedan dar la espalda a la evaluación.

La descripción que Lewin hace de la utilización de los grupos de discusión como procedimiento de reflexión del proceso de aprendizaje presenta no sólo el nacimiento accidental de una técnica —o conjunto de técnicas— propias —dinámica de grupos, grupos de discusión, reuniones de grupo— sino también un método válido para negociar esta consensualización necesaria en todo proceso de evaluación.

COMENTARIO

J. FRANCISCO MORALES

UNED

Este trabajo de Lewin tiene una estructura similar a la de otros anteriores del mismo autor: en una breve introducción se describe un problema importante de la Psicología Social y se subraya su gravedad; el resto se dedica a articular un intento de solución. Se pretende que el lector pase gradualmente de la preocupación a la esperanza, creando en él una expectativa de que el problema, aún siendo grave, tiene solución, siempre y cuando se adopten las medidas necesarias.

Transcurridos más de cuarenta años, es posible hoy valorar con justicia la solución propuesta por Lewin. Para empezar, conviene dejar bien sentado que ninguna de sus promesas se ha cumplido; lo único que han dejado tras de sí es un sentimiento de decepción. En efecto, el programa mínimo para superar los problemas de las minorías (y habría que señalar aquí que también para superar otros muchos problemas sociales que no se abordan en este trabajo) constaba, según Lewin, de tres puntos: la integración de las ciencias sociales, una relación de ida y vuelta entre teoría y aplicación y el reconocimiento y la superación de los obstáculos a la aplicación de la ciencia social. Son puntos que en la actualidad siguen constituyendo objetivos por alcanzar.

La integración de las ciencias sociales

Un tema predominante en los años 30 y 40 fue el de la colaboración interdisciplinar entre sociólogos, psicólogos y antropólogos. En Estados Unidos dio lugar al movimiento de Cultura y Personalidad. En Europa generó los trabajos del Círculo de Frankfurt, entre otros. Lewin desarrolla el tema de la integración en un apartado que lleva este título.

Pero su propuesta va mucho más allá de una mera colaboración interdisciplinar en investigaciones concretas. Lewin estaba convencido de que tras la II Guerra Mundial las ciencias sociales tenían que alcanzar un mayor nivel de utilidad práctica hasta ponerse en situación de controlar las ca-

pacidades destructivas de los seres humanos en el manejo de las ciencias de la naturaleza. Para ello era preciso primero «afinar los conceptos y elevar el nivel de la teoría» y esta es la base en la que, según Lewin, debía asentarse la interdisciplinariedad.

Es así como hay que entender su participación en el seminario interdisciplinar que se reunió bajo la dirección de Wiener en 1944 y en el que participaron físicos, antropólogos y economistas con el objetivo de superar las divergencias y realizar un avance en la dirección de un pensamiento común. Está claro que el proyecto interdisciplinar de Lewin era algo nuevo, algo desconocido hasta entonces en Psicología Social.

La decepción surge cuando se comprueba que la integración de las ciencias sociales nunca ha estado más lejana. La Sociología, tras el fracaso del intento de sistematización de Parsons, se encuentra en una situación que muchos, como Ritzer (1975) califican de «multiparadigmática», lo que es claramente un eufemismo. La Psicología nunca fue unitaria. Ya lo advirtió perspicazmente Koch en 1964. Hoy a nadie se le ocurriría emprender una compilación con el título «Psychology: a study of a science». Porque lo que se lleva son las «psicologías modulares», como una muestra de la tendencia, al parecer irresistible, a que cada pequeña escuela o área de la psicología se considere autosuficiente e ignore a las demás o, como mucho, las descarte desdeñosamente. Esta tendencia se reproduce también dentro de la propia Psicología Social.

La relación entre teoría y aplicación

En los años 30 y 40 abundaron las aplicaciones de las ciencias sociales. Se creó en 1935 la Sociedad para el Estudio Psicológico de los Problemas Sociales (luego división 9 de la APA) y psicólogos y sociólogos participaron activamente en el esfuerzo bélico estadounidense desde sus respectivas disciplinas. Lewin realizó varias contribuciones en esta línea pero su aproximación a la aplicación es muy peculiar y es esta peculiaridad la que aquí debe subrayarse. Para él, teoría y aplicación van íntimamente entrelazadas y no se comprenden la una sin la otra. En consecuencia, la aplicación del conocimiento psicosocial no puede nunca ser aleatoria ni coyuntural puesto que está implícita, por así decir, en la propia elaboración teórica.

La aproximación de Lewin a las aplicaciones descansa sobre tres grandes pilares. El primero es el reconocimiento de los problemas de poder que surgen en toda aplicación. Un aspecto esencial de todos y cada uno de los grupos es el poder y es preciso alcanzar una comprensión de sus aspectos legítimos e ilegítimos. Sólo así conseguirá la aplicación evitar imponer el cambio a un grupo sin contar con su asentimiento previo.

El segundo pilar es la idea según la cual el psicólogo social necesita una teoría de su propia práctica. Lewin creyó encontrarla en la creación de una nueva antropología cultural (que admitiese que también las sociedades actuales pueden cambiar, lo que abre la posibilidad de intervenir) y en la idea de la acción investigación. El principio fundamental de ésta es que toda empresa racional de cambio social procede de acuerdo con una especie de etapas, cada una de las cuales está compuesta por un ciclo de planificación de la acción y por un inventario relativo al resultado de la acción.

Finalmente está la inclusión del responsable de la aplicación en la propia aplicación. A diferencia del físico que sólo puede recurrir a instrumentos exteriores para averiguar los resultados de sus experiencias, el científico social tiene que formarse a sí mismo en lo que Lewin denomina «percepción social actuante», que exige que esté involucrado como participante en un tipo de investigación colectiva. Es tal participación lo que va a permitir esa necesaria integración de acción e investigación.

Aunque es cierto que hoy la aplicación está en alza, no se parece en nada a la que Lewin preconizó y llevó a cabo. Hay quienes adoran las aplicaciones porque lo que consideran realmente importante es la tecnología: las aplicaciones son el mero pretexto para una tecnologización mayor de la vida social en todos sus aspectos. Otros ven en ellas la vía para conseguir óptimos resultados prácticos, inalcanzables a todas luces con la simple elaboración teórica. La idea lewiniana de interpenetración de teoría y práctica se ha disipado casi por completo. Subsiste en algunas propuestas bien intencionadas (Miller, 1969) y en algunos modelos de Psicología Social Aplicada (Mayo y LaFrance, 1980; Fisher, 1982). Pero es casi imposible encontrar ejemplos que la ilustren.

Los obstáculos a la aplicación de la ciencia social

Pocos trozos tan lúcidos se encuentran entre los psicólogos sociales contemporáneos de Lewin como los párrafos que dedica a describir las instancias sociales que se oponen a que el conocimiento generado por las ciencias sociales incida en la realidad para modificarla. Late en estos párrafos un supuesto que Lewin no explicita pero que hay que traer a un primer plano: cuando los obstáculos a la aplicación comienzan a manifestarse, el psicólogo social pasa a ocupar una posición especial.

Porque, en efecto, no puede identificarse con dichas instancias. Tampoco puede conformarse a ellas ni aceptar ningún tipo de subordinación. En la medida en que debe esforzarse para superar los obstáculos que se presentan, el psicólogo social permanece fiel a su intento de aplicación. Lewin señala algunos procedimientos que cabe emplear para coronar con éxito dicho intento: convencer a los escépticos «produciendo una mejor ciencia social»; «distinguir cuidadosamente entre los elementos legítimos e ilegítimos que están detrás del... temor» a que se conozcan los hechos, «disipar el malentendido muy común basado en el término "ley"».

Por desgracia, deja en la oscuridad cuestiones importantes. En concreto, a qué sistema de apoyo ha de recurrir el psicólogo social cuando se enfrenta a los obstáculos antedichos. Indudablemente las instancias (personas en el poder, defensores del sentido común) que se oponen a la aplicación de los conocimientos de las ciencias sociales están firmemente asentadas en la sociedad, gracias a lo cual pueden movilizar recursos poderosos para neutralizar los intentos del psicólogo social. Es preciso preguntar cuáles puede movilizar este último. Ello equivale a plantear el rol del psicólogo social en tanto que agente de cambio.

Algo se ha avanzado desde los tiempos de Lewin en la conciencia de que las ciencias sociales deben definir explícitamente su papel frente a los sectores públicos y frente a los diferentes sectores sociales. La APA ha crea-

do varias Task Forces para que abordaran estos problemas y autores como Kiesler (1981) se han ocupado ampliamente de ellos. Pese a todo, asistimos a una creciente subordinación y dependencia de las ciencias sociales, mucho más evidente en los momentos actuales.

«Agendas ocultas»

Muchos psicólogos sociales tienen la impresión de que se ha producido una cierta «dilapidación» de la herencia lewiniana, como si sólo cupiera achacar al descuido, a la negligencia o a la incompetencia de quienes sucedieron a Lewin el que sus promesas acabaran por convertirse en decepciones. Discípulos y biógrafos de Lewin, con Morton Deutsch y Alfred Marrow a la cabeza, han hecho todo lo que estaba en su mano para fomentar tal impresión. Sin embargo, a mi entender, la situación es notablemente más compleja y no admite maniqueísmos.

En su exilio estadounidense, que comenzó en 1933 y finalizó con su muerte en 1947, Lewin luchó contra corriente. Su obra chocaba con un ambiente dominado por el conductismo y por un positivismo de corte fisicista. Tal vez por ello, recibió sólo una tibia aceptación y fue silenciada en parte y en parte ignorada e incomprendida. Obviamente, desde un punto de vista convencional no resulta fácil descubrir la armonía oculta que subyace al conjunto de la obra lewiniana, en la que coexisten desarrollos tan dispares entre sí como los trabajos epistemológicos sobre las perspectivas aristotélica y galileana, la teoría del campo, la psicología topológica, estudios experimentales sobre nivel de aspiración y sobre climas de liderazgo, trabajos sobre el cambio de hábitos alimenticios de las amas de casa, aplicaciones a la implantación de nuevos métodos de trabajo en la industria, un buen número de participaciones en el desarrollo de programas de integración comunitaria, creación de un movimiento tan complejo como la Dinámica de Grupos, entre otros muchos que se podrían seguir enumerando. Sus biógrafos, especialmente Kaufman (1968) y Marrow (1969), han tratado de señalar las líneas maestras de tan vasto y disperso entramado aunque, todo hay que decirlo, con desigual fortuna.

El problema no es tanto la existencia de líneas maestras, que parece fuera de toda duda. El problema es, más bien, si estaban suficientemente claras para los psicólogos sociales contemporáneos de Lewin o, al menos, para quienes trabajaban más estrechamente con él. Porque tras su muerte sus discípulos se orientaron en direcciones completamente diferentes e incluso antagónicas, como si no hubiese una sino varias herencias lewinianas. Y lo que es más llamativo todavía: reivindicando cada grupo para sí la conservación del «verdadero» espíritu lewiniano. Back (1973) narró con todo lujo de detalles la ruptura del Centro de Dinámica de Grupos en partidarios de los estudios experimentales y partidarios de la línea experiencial. Hasta la fecha unos y otros siguen considerándose lewinianos. Pero es indudable que quienes, como Festinger, comenzaron a abordar experimentalmente procesos de comparación social, disonancia y similares creían estar siguiendo las huellas de Lewin. Y también quienes desarrollaban líneas de investigación claramente orientadas a problemas sociales (caso de G. W. Allport y el prejuicio) o simplemente líneas de acción investigación (caso de

Marrow). La unidad de la compleja obra de Lewin desapareció tras su muerte, reducida a fragmentos inconexos entre sí.

Cabría aquí acogerse al famoso dicho, según el cual los discípulos heredan sólo lo peor de sus maestros. Pero ello no sería realista, puesto que Lewin nunca se pronunció explícitamente sobre la unidad que presidía todos sus desarrollos, fuesen éstos epistémicos, teóricos, empíricos o aplicados. Por alguna razón dejó esta unidad siempre en un segundo plano, como oscurecida, y han sido necesarios muchos años y muchos trabajos de cuasi-exégesis de su obra para que nos resulte clara en la actualidad. Se diría que Lewin trabajaba con una «agenda oculta», expresión con la que los monitores de grupo aluden a los objetivos no declarados que persiguen algunos miembros en las sesiones grupales, al margen de los objetivos comúnmente aceptados. Por eso creo que era imposible que sus discípulos replicasen su labor integradora, ajenos como estaban a los objetivos a largo plazo de su maestro.

La Psicología Social como proyecto colectivo

La innegable seducción de las propuestas lewinianas se basa, al menos en parte, en una asombrosa capacidad para unir diferentes áreas de investigación integrándolas entre sí. Pero hay algo letal en esta seducción, como ya advirtió K. Weick en 1968: «... la creencia según la cual una sola cabeza, una sola persona, puede tender el puente entre áreas diferentes y una sola cabeza puede conseguir la integración» supone que «los hechos que puede ofrecer la psicología social se consideran atributos de actores aislados. Si se ve así la psicología social... se expone uno al fracaso y a la frivolidad por la sencilla razón de que el locus de conocimiento científico es social, no solitario». En resumidas cuentas, la aportación de Lewin ha de verse en el contexto de las que realizan colectivamente todos los psicólogos sociales.

En su interesante trabajo, K. Weick parece referirse a Lewin, sin nombrarlo, cuando critica los intentos de conseguir la integración a cualquier precio: «realizar una investigación que intente reducir la naturaleza fragmentaria del conocimiento... es autoengañarse» si la unidad del conocimiento es una ficción; por otra parte, reconocer que la especialización, tal como se practica en la actualidad en la disciplina, hace más probable la fragmentación del conocimiento no es, ni mucho menos, admitir que sea la «responsable de la demora de la unificación de la ciencia» si, como antes se ha dicho, esta unificación no es un «objetivo realista» (1968, p. 993).

A diferencia de Lewin, muchos psicólogos sociales piensan que «cada respuesta plantea nuevas preguntas que nadie pretendió plantear nunca, que las incertidumbres se desplazan pero que siempre mantienen constante su magnitud y que, más que en descubrir la verdad, el trabajo (de los científicos) consiste en liberar gradualmente al conocimiento de sus errores» (p. 99). Puestas así las cosas, no parece esperable que nadie corra en pos de un objetivo que no comparte. Es más sensato pensar que la «omnisciencia», en el caso hipotético de que se produjera, sería consecuencia de un esfuerzo colectivo, no solitario.

Las demandas de que el trabajo académico sea relevante, aplicable y útil a la sociedad, muy en la línea de Lewin, le merecen a Weick consideracio-

nes similares. Tampoco el mundo de las aplicaciones es terreno abonado para individualismos. El trabajo aplicado exige que el psicólogo social defina su rol en la sociedad, puesto que la aplicación nunca se hace a título individual, sino defendiendo y haciendo avanzar un cierto punto de vista respaldado por algún sector de la sociedad. Además, el agente de cambio es muy vulnerable y necesita un amplio apoyo social para poder salir adelante en su empresa.

Por propia experiencia, Lewin era consciente de ello, ya que su etapa estadounidense estuvo marcada por varios cambios de universidad en busca de un ambiente favorable a la combinación de trabajo académico y aplicado. La Universidad de Iowa, que había apoyado sin reservas su labor investigadora, no veía en cambio con buenos ojos sus frecuentes ausencias del contexto universitario. Lewin la abandonó para incorporarse al MIT, que le había garantizado total libertad de acción. Al mismo tiempo pertenecía a diversos Comités que impulsaban la participación ciudadana. A través de su presencia en ellos intentaba promover el cambio social, extendiendo y profundizando la democracia en la dirección que había apuntado en su trabajo de 1935, donde contraponía el autoritarismo que había padecido en Alemania con la democracia estadounidense que le había deslumbrado.

En la actualidad conocemos razonablemente bien las aportaciones que hizo Lewin a la Psicología Social. Desconocemos, sin embargo, cómo ésta las hizo posibles, es decir, cómo impidió la Psicología Social que se perdiese un trabajo teórico, empírico y aplicado cuyo interés intrínseco se escapaba a quienes mantenían rígidamente los criterios científicos dominantes, diametralmente opuestos a los de Lewin, como ya se ha señalado. Es la Psicología Social la que ha conservado la herencia lewiniana. Justo es que ésta se analice a la luz de todo el conocimiento psicosocial y no a la inversa, como se ha venido haciendo hasta ahora.

Referencias

- BACK, K. (1973). *Beyond words: the story of sensitivity training and the Encounter Movement*, Baltimore, Penguin.
- FISHER, R. J. (1982). «The professional practice of Applied Social Psychology: identity, Training and Certification», en L. Bickman (Ed.), *Applies Social Psychology Annual 3*, Beverly Hills, Sage, pp. 25-55.
- KAUFMAN, P. (1968). *Kurt Lewin: une théorie du champ dans les sciences de l'homme*, Paris, J. Vrin.
- KIESLER, C. A. (1980). «Psychology and Public Policy», en L. Brickman (Ed.), *Applied Social Psychology Annual 1*, Beverly Hills, Sage, pp. 49-67.
- KOCH, S. (1964). «Psychology and emerging conceptions of knowledge as unitary», en T. W. Wann (Ed.), *Behaviorism and Phenomenology*, Chicago, University of Chicago Press, pp. 1-41.
- LEWIN, K. (1935). «Social Psychological differences between the United States and Germany», *Character and Personality*, 4, 265-293.
- MARROW, A. J. (1969). *The Practical Theorist: the life and work of Kurt Lewin*, Nueva York, Basic Books.
- MAYO, C y LAFRANCE, M. (1980). «Towards and applicable Social Psychology» en R. F. Kidd y M. J. Saks (Eds.), *Advances in Applied Social Psychology*, vol. 1, Hillsdale, LEA.
- MILLER, G. A. (1969). «Psychology as a means of promoting human welfare», *American Psychologist*, 24, p. 1063-1075.
- RITZER, G. (Ed.). *Sociology: a multiple paradigm science*, Boston, Allyn and Bacon.
- WEICK, K. (1969). «Social Psychology in an era of social change», *American Psychologist*, 24, pp. 990-998.